

que él puede llamar suyas por haberse abrazado con ellas, exclamando con el apóstol San Pablo: *Quis infirmatur et ego non infirmor?*<sup>1</sup> Es la materia más importante de nuestro discurso que, trataremos con alguna mayor extensión en la segunda parte.

## II.

6. ¡Cosa al parecer contradictoria, gloriarse en las enfermedades! ¿Son por ventura las flaquezas de la vida humana títulos legítimos de gloria? ¿No lo son más bien de confusión? Sin embargo el gran Doctor de las naciones lo afirma con notable insistencia, ora escribiendo á los romanos, ora á los corintios: «Nos gloriamos en las tribulaciones.»<sup>2</sup> «En cuanto á mí, no me gloriaré en otra cosa sino en las enfermedades.»<sup>3</sup> ¿En qué consiste, hermanos míos, el secreto de esta gloria? Oigamos al mismo inspirado Apóstol, que nos lo declara en las siguientes palabras: *Ut inhabitet in me virtus Christi*—«Gloríome», dice, «en mis propias miserias, á fin de que resplandezca en ellas la virtud de Cristo.»<sup>4</sup> «Porque», añade, «cuando estoy débil y enfermo, entonces me siento lleno de poder y fortaleza» — *Cum infirmor tunc potens sum*. «Porque la virtud se perfecciona en la enfermedad.» ¡Admirable sentencia, llena de sabiduría cristiana! En medio de la flaqueza del hombre resplandece maravillosamente la gracia de Dios que lo fortalece haciéndolo superior á sí mismo, ya para acometer grandes empresas, ya para sufrir y sobrellevar grandes trabajos. Que no menos fuerte es el varón sufrido que el valiente y esforzado<sup>5</sup>. Aquí tenéis, pues, el fundamento solidísimo de la gloria del ilustre Confesor de Cristo y modelo de paciencia, San Roque. Miradle en aquella triste y miserable choza del bosque de Plasencia, víctima de

<sup>1</sup> 2 Cor. 2, 29.<sup>2</sup> Rom. 5, 3.<sup>3</sup> 2 Cor. 12, 5.<sup>4</sup> Ibid. 12, 9.<sup>5</sup> Prov. 16, 32.

la epidemia general de que él ha curado á tantos otros. Miradle, cual otro Job, abrasado en ardentísima fiebre, acosado de dolores tan agudos que, aunque tranquilo en el interior de su alma, no podía menos de prorrumpir en lastimeros ayes y penetrantes gritos. ¡El más horrible desamparo le rodea! ¡No hay un solo enfermero que le asista! ¡Qué ingratitud la de los hombres! El que ha curado á tantos enfermos con sus propias manos sin temor de contagiarse y sin asco de las llagas, ¡se ve solo, abandonado de todos, arrojado fuera de la ciudad, sin que haya un alma caritativa que se atreva á ofrecerle algún alivio! Aquí no puede menos de adivinarse una secreta y misteriosa disposición del cielo. Quiso Dios, como en otro tiempo lo hizo con su siervo Job, probar hasta dónde llegaba la virtud de este otro siervo suyo no menos fiel y esforzado en el dolor. El paralelo no puede ser más claro y manifiesto. Si Roque no fué probado con la pérdida de todos los bienes de fortuna, como el Patriarca de Idumea, fué por una razón altamente honrosa para nuestro héroe: porque todos esos bienes los había dejado él libremente por seguir á Cristo pobre. Había renunciado además al rico patrimonio que por derecho hereditario le pertenecía, á las comodidades y delicias de la casa paterna y hasta á los aires siempre dulces de la patria. No tenía una esposa que añadiera la irrisión á la crueldad, como la mujer de Job; pero era porque, siguiendo el consejo de Cristo, había dejado mujer é hijos, privándose del matrimonio y sus honores y placeres. Fruto milagroso de las oraciones de sus ancianos padres, mostró desde su mismo nacimiento, por una señal de la cruz que apareció como grabada en su cuerpo, que estaba destinado á seguir á Jesucristo por el áspero camino de la cruz y de la mortificación perfecta, camino por donde subieron los grandes santos á la cumbre de la perfección. De allí nació su resolución de abandonarlo todo, muertos sus padres, por ganar el reino de los

cielos prometido á los pobres de espíritu. Dijo, pues, adiós al mundo y emprendió la peregrinación á Roma. Pero ¡oh! ¡cuánto tuvo que ejercitar desde aquel momento su paciencia en un largo viaje emprendido y proseguido hasta el fin en traje de pobre peregrino, caminando á pie, no obstante la delicadeza de su edad y complexión, mendigando el pan de puerta en puerta! Así fortalecía su espíritu para los grandes trabajos que más adelante hasta la muerte había de arrostrar.

7. En efecto, hermanos carísimos, quedábanle á nuestro héroe tribulaciones más grandes todavía que las sufridas hasta entonces. Una voz del cielo se lo anunció claramente al regresar de Plasencia, habiendo ya recobrado la salud. «Roque, ya estás sano», decíale la voz; «vuélvete á tu país, donde darás nuevas pruebas de tu paciencia.» Está visto: Dios destinaba á nuestro Santo á ser modelo extraordinario de paciencia, y para ello era preciso que se multiplicasen y agravasen hasta un grado excesivo sus padecimientos. Y aquí no puede menos de asaltarme el recuerdo de aquellos grandes ejemplares de paciencia de los tiempos antiguos, el santo Job y el anciano Tobías; pero veo que las tribulaciones de entrambos fueron pasajeras, aunque gravísimas, y los últimos días de su vida gozaron aquellos Patriarcas de tanta felicidad y ventura como los hombres más felices de la tierra, acariciados por los miembros de una buena y numerosa familia, en el seno de la paz y la abundancia. No así nuestro incomparable Roque, cuyos últimos años, como sabéis, fueron los más crueles y espantosos que en lo humano pueden caber á un hombre perseguido por la adversidad. ¿Quién no conoce la historia de la corta vida del Santo, repartida en sólo dos períodos, sin contar su primera juventud, el de peregrino en Italia y el de prisionero en Francia, su desconocida patria? Puesto en camino de regreso á su país nativo, para obedecer á las órdenes del cielo, peregrinando en la misma forma que

lo había hecho de ida á la ciudad santa, subieron de punto sus penalidades, y, extenuado y desfigurado enteramente, no le reconocieron ya los que pocos años antes habíanle visto partir y eran sus propios conciudadanos y súbditos de sus dominios señoriales. Como á Jesús al entrar en el mundo, *sui eum non receperunt*—«los suyos no le recibieron»<sup>1</sup>. No fué esto todo. Tenido por espía, en tiempos como aquéllos, tan revueltos y agitados por guerras y facciones, fué conducido á la presencia del Gobernador de Montpellier, que era su mismo tío, y éste, por una inconcebible ceguedad, tampoco le reconoció, quizás por falta de atención y precipitación en el despacho. Pero ¡qué caro costó al falso espía este supuesto delito, digo mejor, esta injustificable calumnia! Como si fuera convicto de traición á su patria, el inocente Roque, después de crueles tratamientos, es condenado nada menos que á sufrir cárcel perpetua en inundo y oscuro calabozo. Y la sentencia se ejecuta sin compasión ni tardanza. He aquí, pues, al varón justo, cuyo solo aspecto debiera haberlo puesto á cubierto de toda sospecha de delito, aun más, debiera haberle conciliado la veneración y el respeto de todos cuantos le rodeaban, sepultado como malhechor infame, en una lóbrega prisión, sin género alguno de comodidad ó alivio, en total aislamiento de la sociedad, al tiempo mismo de pisar el suelo de su cara patria y de volver á sus propios dominios; y esto ¡oh Dios! no por algunos días, ni por algunos años, sino por todo lo que le durase la vida. No me detendré en la injusticia de tan inicua sentencia, aun tratándose de un espía verdadero, ya que bien conocida es de todos la barbarie de aquellos remotos tiempos. Pero ¿cómo no pararme á contemplar la mansedumbre, la dulzura, la serenidad de semblante y de espíritu con que permaneció el verdadero discípulo de Jesucristo, durante cinco años enteros en aquella

<sup>1</sup> Io. I, II.

horrible situación? ¿Qué digo serenidad? alegría inefable experimentaba Roque al verse así tratado y ultrajado por amor de su Dios, muerto por él en un patíbulo afrentoso; y como si fuera poco lo que padecía, el deseo de padecer más y más por Jesucristo aguzaba su ingenio para inventar contra sí nuevas torturas.

8. ¡Qué gloria la de los santos, tan diversa de la de los héroes del mundo! Entre los horrores de aquel calabozo, Roque puede afirmar como San Pablo: *Cum infirmor, tunc potens sum* — «Ahora que estoy tan abatido, me siento fuerte y poderoso.»<sup>1</sup> Porque, como decía el mismo Apóstol: *Virtus in infirmitate perficitur* — «En la debilidad se perfecciona la virtud.»<sup>2</sup> Ó, como dice otra voz inspirada: *Patientia opus perfectum habet* — «La paciencia contiene la obra perfecta.»<sup>3</sup> En efecto, nunca se mostró más grande y esforzada la virtud de nuestro Santo que en medio de esta gravísima tribulación. ¡Oh! ¡cuántas lecciones de valor cristiano dictó á los venideros desde aquella cárcel convertida en escuela de heroísmo! Y luego ¡qué consuelos tan divinos los que Dios y la Virgen santísima vertieron en el corazón del fiel siervo é hijo amante de María! No hubo una sola persona que volviese por su causa, que abogase por su libertad, que siquiera le procurase algún alivio. Pero ¿qué importaba esto á Roque si venían á consolarle Jesús y María, el Rey y la Reina de los cielos? Con ellos tenía toda su conversación aquel hombre endiosado que vivía más en el cielo entre los ángeles, que en la tierra entre cadenas. ¿No lo mostraba bastante aquella maravillosa claridad, que asombrado veía el carcelero iluminar toda la estancia en donde no tenía entrada el sol? ¡Ah! decía el buen hombre que custodiaba la cárcel: «Este preso no es como los demás: este preso es de distinta especie que los otros.» Y el sacerdote que le oye en confesión sale

<sup>1</sup> 2 Cor. 12, 10.<sup>2</sup> Ibid. 12, 9.<sup>3</sup> Iac. 1, 4.

exclamando: «¡Tenemos un tesoro escondido á los ojos de los hombres!» El pueblo conmovido á estas voces rodea la cárcel gritando: «Aquí hay un Santo.» Es preciso ver lo que allí pasa. Ha llegado, hermanos carísimos, la hora del triunfo para el mártir voluntario. Dios no quiere prolongar más tiempo su martirio, satisfecho con la prueba de cinco años de crueles sufrimientos. Pero antes de contemplar aquel glorioso desenlace de una vida tan llena de trabajos como de portentos, volvamos atrás á reflexionar sobre otro título que le mereció tan alta gloria, el de la caridad con que hizo suyas las enfermedades de sus prójimos.

9. ¿Quién no ve en la imagen de San Roque la personificación de la caridad para con los más desvalidos, como son los acometidos de peste en esas épocas luctuosas en que la muerte se pasea, guadaña en mano, como reina, por los pueblos y ciudades? ¡Con qué caracteres tan terribles se presenta la epidemia en esos desgraciados sitios que escoge para teatro de sus furiosos estragos! ¡Qué pánico difunde en torno de sí ostentándose invencible y superior á todo esfuerzo humano! Y por otra parte, inexorable á todo género de consideraciones, no hay edad, ni condición, ni méritos que puedan ablandarla, ni súplicas ni lágrimas que la muevan á perdonar víctima alguna. De allí es que al aproximarse á las moradas de los hombres el espectro aterrador de la peste, el miedo se apodera de todas las almas, cual si vieran acercarse un poderoso ejército enemigo cuya pujanza nada fuera capaz de contrastar. Y ¿qué, cuando el contagio ha invadido ya las ciudades, y las víctimas van cayendo por docenas y luego á centenares, sin que haya más remedio que resignarse á morir y alzar al cielo súplicas y clamores en demanda de perdón y misericordia? Entonces se ven escenas que horrorizan: casas atestadas de enfermos y moribundos, sin que haya sanos que puedan prestarles asistencia ni auxilio; cadáveres amontonados sin que se halle quien quiera darles sepultura por

miedo del contagio; gentes que huyen de las poblaciones infestadas buscando su salvación en otras partes aunque lleven consigo la miseria; en fin, el luto de los huérfanos y el temor de perecer de los que sobreviven á la espantosa catástrofe. Tal era la situación en que se encontraban muchas ciudades de la bella Italia cuando llegaba el peregrino de Montpellier á Acquapendente, en Toscana, con ánimo de seguir para Roma y allí besar los pies del Padre común de los fieles. ¿Qué hacer á vista de aquel espectáculo de desolación y ruina? Movido de un ardiente deseo de asistir á los apestados y dispuesto á sacrificar su vida en el ejercicio de la caridad, corre á ofrecer sus servicios al administrador del hospital. En vano se le rehusa, por un sentimiento de lástima que inspira su misma juventud y se cree consejo de prudencia. Insiste el santo joven alegando el deber de todos los cristianos de servirse mutuamente en sus necesidades. Vencido el administrador y sorprendido de modo de proceder tan poco común en esos casos, le entrega el cuidado de los enfermos. Roque se consagra á asistirlos y curarlos. Era de ver, y más aún de admirar, la diligencia con que se ocupaba en el humilde y penoso ministerio, cual si para él hubiera nacido, hallando, ciertamente, sus delicias en servir á Jesucristo en sus vivas imágenes, los pobres apestados. Y estos actos de caridad tan heroicos se repiten en Cesena y en Roma y en otras muchas ciudades de Lombardía, pasando el Santo muchos años, los más floridos de su vida, en el ejercicio de esta heroica caridad. Aquí tenéis, pues, bien cimentada su gloria.

10. Así merece el Santo el privilegio singular de ser constituido por Dios mismo de una manera formal é indubitable, Patrono y Tutelar de la familia contra el terrible flagelo de la peste. Así lo declara en el punto de su muerte aquella inscripción que la mano del hombre no pudo formar, y que decía: «Los que tocados de la peste invocaren á mi siervo Roque, serán libres por su intercesión, de esta cruel

enfermedad.» El Santo acababa de entregar el alma á su Criador, cuando apareció esta promesa del cielo que, creída por todos los pueblos católicos, ha sido la base de la confianza universal con que es invocado el glorioso San Roque como celestial abogado en esos casos de general consternación. Y la confianza de los fieles no ha sido vana, según claramente lo acredita una feliz experiencia de largos siglos. ¡Cuántas veces no ha sido testigo esta misma ciudad de la eficacia de la invocación del Santo! Proseguid, pues, carísimos hermanos, promoviendo con el mayor empeño, el culto y la devoción de este glorioso Confesor de Cristo á quien Dios se ha complacido en colmar de gloria como á pocos de sus preclaros siervos, y á quien hoy mismo tiene recomendada la salubridad pública de su pueblo, para que, mejor que cualquier otro agente de salud, cuyos servicios son tan dignos de nuestra estimación, aleje de nosotros los miasmas contagiosos, nos dé salud perfecta de alma y cuerpo, y nos alcance la gracia de volvernos de veras al Señor para merecer algún día la gloria de la eterna bienaventuranza. Así sea.

### De San Francisco de Paula, Fundador.

(Predicado en Bogotá, 1900.)

Qui se humiliat, exaltabitur.

Luc. 14, 2.

1. Entre los grandes siervos de Dios, elevados por la Iglesia al sublime honor de los altares, que han alcanzado y tienen hoy mismo lo que pudiéramos llamar popularidad en el pueblo cristiano, no cabe duda que debe contarse al insigne taumaturgo á quien hoy tributamos nuestros solemnes cultos, el bienaventurado San Francisco de Paula. Por todas partes se le aclama como uno de los más poderosos medianeros delante del trono del Altísimo;